

Borges, “Guayaquil” y la sombra del caudillo¹ (Una historia de imprecisiones, silencios y davídicos coregas)

HUMBERTO E. ROBLES

Northwestern University, USA

RESUMEN

El autor revisa el cuento “Guayaquil”, de Jorge Luis Borges, incluido en *El informe de Brodie*; su motivo es la histórica reunión entre Bolívar y San Martín en dicha ciudad. Es interpretado a la luz de la novela *Nostramo* de Joseph Conrad, aludida en el relato, y que se refiere a los devaneos y traiciones de las élites criollas y sus caudillos. Robles sostiene que Borges presenta en “Guayaquil” su propia visión de la Historia: una construcción a base de perspectivas que se cruzan, de reordenamientos de datos y de imprecisiones; para Borges, en la lucha de poderes entre caudillos populares y refinados políticos pesarían más la voluntad y la decisión que las palabras. Finalmente, el autor revisa el efecto de una distinta organización de los cuentos del libro. El de la primera versión inglesa apuntaría a mostrar un ascenso en la representación de la barbarie (como tema de los textos), presente en las repúblicas latinoamericanas siglo y medio después de sus independencias.

PALABRAS CLAVE: Borges, Historia, civilización/barbarie, república, caudillo, Bolívar, San Martín, *Nostramo*.

SUMMARY

The author examines “Guayaquil”, a short-story by Jorge Luis Borges included in *Doctor Brodie's Report*, which tells the historical rendezvous between Bolívar and San Martín that took place in the city. Robles sheds light on Borges' text through references to Joseph

1. *La sombra del caudillo* (1929) es el título de una de las mejores novelas del escritor mexicano Martín Luis Guzmán (1887-1976).

Conrad's novel *Nostramo*, plotted with criollo elites and caudillos, their wanderings and betrayals. Robles claims that Borges depicts his own view of history in "Guayaquil": a construction based on intertwining perspectives, rearranged pieces of information and imprecisions. In the quest for power, where popular caudillos as well as refined politicians are involved, Borges would believe a major role is played by will and decision as opposed to words. Finally, the author examines the effect of how stories are organized differently within the book. The first English version would show an increasing representation of barbarism (as theme), present in Latin American nations a century and a half after their independence.

KEY WORDS: Borges, history, civilization/barbarism, republic, caudillo, Bolívar, San Martín, *Nostramo*.

Mon siège est fait.
Abbé Vertot

El mundo es unas cuantas imprecisiones.
El río, el primer río. El hombre, el primer hombre.
J. L. Borges

EL PRIMERO DE los epígrafes que encabezan este ensayo remite a palabras atribuidas al Abbé Vertot (1665-1735), palabras que también, con una imperceptible variante tipográfica, ponen "fin", por así decirlo, sin descartar los al menos dos sentidos de ese vocablo, a "Guayaquil", el relato de Borges recopilado en *El informe de Brodie* (1970). Cuenta la tradición que Vertot ya había terminado de escribir su *El sitio de Rodas* cuando recibió datos procedentes de Malta que hacía un año había estado esperando. La frase citada, su presunta respuesta o excusa por no incluir el nuevo material, propone que su labor sobre el tema, dadas las circunstancias, y según su arbitrio, había concluido. Les tocaba a nuevos escribas proseguir y ampliar el estudio. Correspondientemente, le toca al lector de "Guayaquil" 1. inducir posibles semejanzas entre la perspectiva del narrador del cuento de Borges y la suya propia;² 2. desentrañar e interpretar quizás alguna alusión que incremente y proponga nuevos horizontes de significado.

-
2. La imperceptible variante tipográfica aludida es que la palabra *mon* no aparece en letras bastardillas en el texto de Borges (al menos es así en la edición que manejamos y cuyos datos bibliográficos proporcionamos después). El narrador enfatiza de ese modo su calidad de sujeto; y también suscribe una más de las tantas imprecisiones que impregnan "Guayaquil".

El segundo epígrafe proviene del poema “Manuscrito hallado en un libro de Joseph Conrad” que Borges incluyó en su *Fervor de Buenos Aires* (1925). Destaco del primer verso la palabra *imprecisiones*, en tanto ese vocablo sugiere algo ambiguo, vago, borroso, confuso. Del siguiente verso puntualizo la identidad del uno y del otro, la de todos.

Caso aparte, dada la invocación de Conrad, no es ocioso deducir que Borges leyó *Nostromo. A Tale of the Seaboard* (1904) en inglés y que su interés en dicha obra, clave en cualesquiera lecturas de “Guayaquil”, se remonta a muchos años ha. No fue hasta 1926 que apareció en Barcelona la traducción al español de la novela de Conrad con el título *Nostromo. Relato de un litoral*, traducción realizada por Juan de Mateos de Diego para la editorial Montaner y Simón. Ataño añadir además, en vista de la lectura de “Guayaquil” que suscribimos, que en 1967, en una entrevista concedida a la revista *Paris Review*, 1967, p. 40, Borges se expresó sobre Conrad en estos términos: “Conrad thought that when one wrote, even in a realistic way about the world, one was writing a fantastic story because the world itself is fantastic and unfathomable and mysterious” (Conrad pensó que cuando uno escribe acerca del mundo, aun en una vena realista, uno en efecto escribe una historia fantástica porque el mundo en sí es fantástico, impenetrable y misterioso).³

Los dos epígrafes, quisiera pensar, insinúan, en una suerte de síntesis, lo que yace al fondo de mi lectura de “Guayaquil”: 1. los límites y las imprecisiones del conocimiento histórico; 2. las asombrosas variantes en forma e índole que se dan en las manifestaciones de sujetos y arquetipos: las viables correspondencias que ese factor permite. Lectura que oblicuamente, por encadenamiento, tiene presente alguna consecuencia (el caudillaje) del vasto proceso de emancipación política y espiritual hispanoamericana, y que reconoce que las interpretaciones y reinterpretaciones históricas de los movimientos independentistas se hallan aún en curso. Hasta las etiquetas historiográficas parecieran corregir imprecisiones en la celebración, p. ej., de un acontecimiento auténtico y legendario ocurrido en la capital ecuatoriana hace dos siglos.⁴

3. Ver: Ronald J. Christ, *The Narrow Act. Borges' Art of Allusion*, Preface by Jorge Luis Borges, New York, New York University Press, 1969, p. 103. Todas las traducciones a lo largo de este escrito, a menos que se indique lo contrario, me corresponden.

4. Ecuador es mi lugar de origen y por eso lo menciono, pero el caso puede aplicarse también a cualquiera de nuestros países.

Desde siempre se ha pronunciado en las historias del Ecuador, en sus escuelas y colegios, en los órganos oficiales y en los medios de comunicación que el primer grito de independencia en América tuvo lugar en Quito. Es reflexivamente gratificador ver que a ese grito se lo identifica en la convocatoria sobre el tema que recientemente emitió la Universidad Andina Simón Bolívar como una revolución, como la Revolución de Quito del 10 de agosto de 1809, como una de las importantes insurrecciones y levantamientos que se dieron en América frente a España, como parte, en suma, de la formación de una conciencia nacional, igualmente evidentes en las tantas y diferentes latitudes del continente.⁵ Acaso llamar revolución a lo que antes se llamaba grito, por mucho que se le diera a este prioridad histórica, resulta más significativo y más digno de estudio. Queda en el aire, sin embargo, la idea de cuándo termina una revolución, como bien se ha preguntado Hobsbawm.⁶ De hecho, en el Ecuador y en otros ámbitos de nuestra América la marcha revolucionaria no pareciera hallar solución de continuidad.

En esa luz, retrospectivamente, el encuentro o desencuentro de Bolívar y San Martín el 26 y el 27 de julio de 1822 en Guayaquil, implícito en el título del cuento de Borges, es un detalle más en la concatenación de hechos y revueltas que perduran y que, como expresó Shakespeare en otro contexto, remiten a una situación que es aún imposible de aclarar sin riñas y trifulcas, porque “So foul a sky clears not without a storm” (Un cielo tan turbio no se aclara sin tormenta). Situación que, dentro ya del ámbito hispanoamericano, un personaje de Conrad en *Nostramo* atribuye a la ira de Dios: “God looked wrathfully at these countries, or else He would let some ray of hope fall through a rift in the appalling darkness of intrigue, bloodshed, and crime, that hung over the Queen of Continents” (Dios descargó su ira en estos países, de no ser así permitiría que al menos un rayo de esperanza se

-
5. Piénsese al respecto, p. ej., en las insurrecciones, levantamientos y alborotos frente a España que se dieron en México a lo largo de la Colonia, según aparecen documentados en el espléndido libro de Jacques Lafaye, *Quetzalcóatl and Guadalupe. The Formation of Mexican National Consciousness 1531-1813*, trad. Benjamín Keen, Foreword Octavio Paz, Chicago, University of Chicago Press, 1976. El caso de México, sabido es, se repite y se prolonga en otras latitudes de América: en Bolivia, en Perú, en la Nueva Granada.
 6. E. J. Hobsbawm, “Revolution”, en Roy Porter y Mikulas Teich, eds., *Revolution in History*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986, pp. 5-46. Ver especialmente las pp. 21-35. En Ecuador y en otras latitudes hispanoamericanas la marcha revolucionaria sigue vigente y no pareciera agotarse.

filtré entre la asombrosa oscuridad de las intrigas, de los derramamientos de sangre y crímenes que se perpetúan sobre la Reina de los Continentes).⁷ Dictámenes, el uno y el otro, oportunos y vigentes todavía.

II

A primera instancia se podría pensar que el título de este artículo va a pretender inmiscuirse por los vericuetos y sombras de la historia de la ciudad de Guayaquil, de su nombre y fundación, del proceso de su emancipación e independencia, sacando para ello a relucir algún oscuro dato histórico desentrañado por Borges. Nada de eso, a no ser que sea alusivamente. La biblioteca que existe sobre el puerto ecuatoriano es vasta e inconclusa, y no solo destaca en ella, por así decirlo, el famoso y mudo encuentro entre Bolívar y San Martín.⁸ En torno a esa biblioteca, y en torno a esa entrevista, cual suscribe el narrador de “Guayaquil”, en el primer párrafo del cuento, hay “crecientes sombras”:

No veré la cumbre del Higuerota duplicarse en las aguas del golfo Plácido, no iré al Estado Occidental, no descifraré en esa biblioteca, que desde Buenos Aires imagino de tantos modos y que tiene sin duda su forma exacta y sus crecientes sombras, la letra de Bolívar.⁹

Sombras que, a la larga –vistas en el contexto del relato y teniendo en cuenta la referencia directa a *Nostramo*, la novela de Conrad–, remiten a nacionalismos y caudillajes, a ficciones, y a una visión de la historia como un

7. La frase de Shakespeare proviene de su drama *King John*, iv, ii. Conrad la usó como epígrafe en *Nostramo* (1904). Todas las referencias a esta última obra vienen de la edición de Oxford University Press (Londres, 2007), cuyo aparato crítico, introducción y notas les corresponden a Jacques Berthoud y Mara Kalnins. Ver las pp. 1 y 63 para el material citado.

8. El suscrito también ha contribuido a abultar esa bibliografía en un número que la revista a continuación nombrada dedicó a los Puertos de América Latina. Cfr.: Humberto E. Robles, “Imagen e idea de Guayaquil: el pantano y el jardín (1537-1997)”, en *Caravelle*, No. 69, Toulouse, 1997, pp. 41-67.

9. “Guayaquil”, en *El informe de Brodie*, Buenos Aires, Emecé Editores, 1970. Cito según Ediciones Destino (Madrid, 2006), p. 115. Esta edición, a cargo de Jorge García López, pareciera ser la más cuidada a nuestro alcance; en ella se llama la atención a algunas variantes, no a todas, en cuanto a la edición príncipe de 1970.

constante arreglo y desarreglo de interpretaciones, de perspectivas y nuevos datos dentro de datos y, no menos, virtualmente, a un comentario sobre la realidad y el destino sudamericanos: sobre sus posibles defectos y luchas hegemónicas, sobre sus tantas imprecisiones.

El meollo del argumento que presenta “Guayaquil” se lo rezuma ya del primer párrafo citado. El narrador concede alusivamente su derrota frente a un todavía anónimo contrincante que ha impuesto su voluntad y que le ha impedido realizar un previsto viaje a Sulaco, capital del Estado Occidental, donde hubiera podido examinar, en calidad de historiador, unas presuntas cartas de Bolívar en que este dizque explica lo ocurrido en su encuentro de Guayaquil con San Martín. El relato va a duplicar metafóricamente ese encuentro, cual ese espejismo que se da en las aguas del golfo Plácido, poniendo frente a frente a dos historiadores de Historia Americana, docentes de dos universidades ubicadas en opuestas latitudes argentinas: 1. al narrador, patricio, “hombre fino”, esbelto, republicano, ferviente y meditativo practicante de su disciplina, radicado en la calle Chile de la norteña Buenos Aires; y 2. a Eduardo Zimmermann, inmigrante nacido en Praga, toscó, nervioso, cabezón, de vulgar estatura y aliño torpe, semita, discípulo de Schopenhauer, profesor en la Universidad del Sur.¹⁰

-
10. “Hombre fino”: Conrad emplea esa expresión, en español, para designar en *Nostromo* a los protagonistas cultos, caballeros, patricios (p. ej. el intelectual Martín Decoud y los de su clase). *Nostromo*, el personaje, lo resume así: “Ah! They were all alike in their folly, these *hombres finos* that invented laws and governments and barren tasks for the people” (“¡Ah! Todos eran iguales en su insensatez, estos ‘hombres finos’ que inventaron leyes y gobiernos y faenas infecundas para el pueblo” p. 355.) (Imposible no pensar en que “el hombre fino” tiene sus antecedentes en *Il Cortigiano* (1528) de Baldassare Castiglione. Hay estudios, independientemente de *Nostromo*, que puntualizan esa evolución.)

A dicho tipo de individuo Conrad contrapone el “man of the people” (hombre del pueblo), personificado este en *Nostromo*. Conrad mismo, en las “Author’s Notes” (Notas del autor) dejó este testimonio en el que caracterizó el asunto así: “I needed there a Man of the People as free as possible from his class-conventions and all settled modes of thinking [...] *Nostromo* does not aspire to be a leader in a personal game. He does not want to raise himself above the mass. He is content to feel himself a power –within the People–” (Necesitaba un Hombre del Pueblo lo más libre posible de las convenciones de clase y de las establecidas normas de pensamiento [...] *Nostromo* no aspira a ser un líder en un plan y reto de ambición personal. Él no quiere auparse por encima de las condiciones de la masa. Está contento con sentirse como una fuerza –entre los del Pueblo–” p. 409).

El diálogo entre esos dos hombres, y la voluntad del uno imponiéndose a la del otro, organiza el argumento del relato. Argumento que en realidad cuenta con al menos dos finales, igualmente falsos: 1. el pasaje para el vuelo de Ezeiza a Sulaco que lleva en su portafolio Zimmermann; y 2. las palabras del narrador afirmando que no escribirá más y que su *siège est fait*. El uno y el otro final no son más que reflejos de reflejos, artificios, que ponen en tela de juicio la misma esencia de la historia. Ezeiza existe, pero Sulaco es una invención. A su vez, las páginas que el narrador dizque iba a entregar al fuego, y que acaban con las citadas palabras de Vertot, constituyen una más de las tantas imprecisiones que impregnan “Guayaquil”. ¿Quién las rescató, dónde las descubrieron y cómo llegan a las manos del lector? Por otro lado, lo ocurrido en la entrevista entre el narrador y Zimmermann resulta igual de vago e incompleto como en la que participaron Bolívar y San Martín. Solo un punto de mira se registra: el del testigo y narrador. ¿Pero qué del punto de mira del actor, del que la ejecutó, de Zimmermann? Eso queda en el silencio. Las aludidas imprecisiones pareciera que parten, pues, de una premisa falsa, ficticia, elíptica, pero que en el fondo, por medio de una suerte de operación mágica, cuestiona los anales de toda una disciplina, de la historia, algo que nos permite volver a reiterar con Conrad y Borges que el mundo es fantástico, impenetrable y misterioso.

“Guayaquil” es una ficción que remite a otra ficción y que se desparrama por medio de alusiones a otros imaginarios que se amplían, bifurcan y estallan hasta hacernos ver la imposibilidad de llegar a la certeza de los he-

Finalmente, por analogía, persuade que en muchos sentidos, no en todos, el careo entre el narrador y Zimmermann no dista de ser un eco, y viceversa, de lo que registra *Nostromo* y de un amplio historial de oposiciones sostenidas por diferentes formas e índoles, evidentes en la novela y el cuento.

Caso aparte, Daniel Balderston, *¿Fuera de contexto? Referencialidad histórica y expresión de la realidad en Borges* (Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 1996), p. 189, indica que en la versión de 1970 el nombre de Zimmermann figura como Zimerman y que Borges lo cambió a la versión última, la de 1974, para evitar confusiones con el del acaso controversial periodista Jacobo Timerman, detalle que a su vez propone encubrimientos e intrigas que no vienen aquí al caso, pero que Balderston las usa para apoyar su tesis en cuanto a referencias históricas concretas. Olvida Balderston que en la edición en inglés (1972), firmada en 1970, ya está el nombre Zimmermann. Por eso, más plausible, creemos, es que Borges haya pensado que “la nueva” versión del apellido con la doble “m” propusiera en la realidad ficticia, incluso para Heidegger, la imprecisión de la identidad judía / alemana de Eduardo Zimmermann presente en el apellido.

chos: imposible dar con esa página o con esa letra que busca el eterno transeúnte de “La Biblioteca de Babel”. Así, dentro de lo posible, mi intención no es repasar lo dicho por la crítica, a menos que sea absolutamente necesario.¹¹ Prefiero fijarme en las imprecisiones que sostienen el texto y que descarrilan al lector y que, no obstante, proponen, a la larga, una visión nada halagadora de la historia y del imaginario político y cultural hispanoamericanos. El narrador entiende ese descarrilamiento. Por eso, en lo que es el núcleo o punto de arranque del relato, aquél nos aclara su cometido de este modo:

Para que mi relato se entienda, tendré que recordar brevemente la curiosa aventura de ciertas cartas de Bolívar, que fueron exhumadas del archivo del doctor Avellanos, cuya *Historia de cincuenta años de desgobierno*, que se creyó perdida en circunstancias que son del dominio público, fue descubierta y publicada en 1939 por su nieto, el doctor Ricardo Avellanos (p. 116).

Queda establecido así que “Guayaquil” es una excusa para reflexionar sobre el carácter de la ficción y de la historia. En primer término, el referido escrito de Avellanos no existe en la realidad y tampoco su autor, y mucho menos, su nieto. Cualquier lector atento de *Nostromo* sabe que es inverosímil que este último exista. La novela especifica que su presunto abuelo, José Avellanos, tuvo solo una hija, la bella Antonia, y que esta no dejó descendencia. “Guayaquil” resulta así una invención en la que el sentido de realidad, valga la aparente contradicción, se estructura sobre una premisa falsa, inexistente. Reclamar certezas es un absurdo, es olvidar esta opinión que

-
11. Relativamente hablando, “Guayaquil” no es de los escritos más estudiados de Borges. Hay comentarios de diferente índole: los que se abandonan en las complicaciones laberínticas de los referentes históricos (Balderston); los que se fijan en la preeminencia del nacionalismo, en el enigma y el secreto argentinos (Tulio Halperín Donghi, citado por Balderston, p. 190; Jorge Panesi, *Críticas*; Martín Kohan, *Variaciones Borges*, July 1, 2003); los que llaman la atención a lo críptico (Antonio Cuevas, *Tal Cual*, 13 de marzo, 2008). Hay otros que optan por el campo de la filosofía y ven enfrentados en el cuento a Hegel y Schopenhauer (he allí la conversación en *Devaneo*, YouTube de Bolivia, entre Roberto Barbery Anaya y Enrique Fernández García, octubre 21, 2008, conversación que parte seguramente de esta observación que figura en “Guayaquil”: “el poder estaba en el hombre, no en la dialéctica”, p. 122). Roberto Ignacio Díaz, por su parte, escribe sobre “Borges en ‘Guayaquil’: las cosas de la historia”, en *Revista Hispánica Moderna*, vol. 50, No. 2, 1997, pp. 315-26; y Luis Martínez de Mingo se propone un resumen de la colección en “El decálogo ciego y los Yahoos”, C.I.F.T., XI, Fase 1, 2 (1985), pp. 59-69.

recogemos en “Historia de Rosendo Juárez”, cuento incluido en *El informe de Brodie*: “[El finado Paredes] tenía sus cosas; le gustaba mentir, no para engañar, sino para divertir a la gente” (pp. 43-44).

Divertido es en efecto reconocer que lo que sí es de “dominio público” para los lectores a quien se remite el narrador de “Guayaquil” es que tanto el autor, Conrad, como el narrador de *Nostramo* hacen elogiosa referencia de la obra de Avellanos, *History of Fifty Years of Misrule* (*Historia de cincuenta años de desgobierno*), como fuente y autoridad imparcial de la historia de Castaguana, el país al cual pertenecían el Estado Occidental y su capital, Sulaco, antes de que ocurriera el movimiento de secesión y se estableciera un nuevo país, el Estado Occidental. El proceso alusivo se amplía aun más si se recuerda que en la novela misma el periódico *Porvenir*, dirigido por el intelectual progresista y afrancesado Martin Decoud, edita la obra de Avellanos solo para ver sus páginas convertidas en basura, flotando en las acequias y desagües, esparcidas en el aire, convertidas en antorchas para detonar fulminantes de trabucos cargados de perdigones, para verlas pisoteadas en el lodo (Cfr: *Nostramo*, pp. 365, 132, 409, 174, 170-71). De los tantos “datos” y falsas referencias bien puede uno sacar conclusiones. ¿Qué decir?

Más recomendable resulta no olvidar la amonestación y aclaración que hace el narrador sobre cómo entender *su* relato. Para que *su* “Guayaquil” se entienda, quedamos advertidos, importa no olvidar que se apoya en materiales falsos, en imprecisiones, en reproducciones y espejismos que van de un presunto nevado reflejado en el silencio de un oscuro golfo inexistente a juegos de identidad en que figuran, se pierden y se esfuman las diferencias entre realidad e invención. La duplicación anunciada por el Higueroa, ficticio nevado de la apócrifa Costacagua cuya historia Joseph Conrad y el narrador de *Nostramo* se la adjudican a José Avellanos y que el narrador de “Guayaquil” se la adjudica al capitán José Korzeniovski, alias Joseph Conrad, y entre cuyos papeles, los de Avellanos, se encuentran unas supuestas cartas de Bolívar que el narrador de “Guayaquil” se disputa el acceso a las mismas con Eduardo Zimmermann, cuya versión de la historia no tenemos, pero de quien sabemos algo por el relato que el narrador de “Guayaquil” dizque echó al fuego, relato que seguramente el autor de *El informe de Brodie*, Borges, exhumó de algún archivo y que gracias a ese rescate el lector (nosotros) ahora puede divertirse opinando sobre la polémica que se ha venido librando en cuanto a lo ocurrido en Guayaquil entre Bolívar y San Martín y, por contigüidad, entre los historiadores.

Como no contamos con el punto de vista de Zimmermann, hipotético escriba e historiador cuyo informe daría “fin” al asunto, todo resulta inconcluso, lleno de silencios y sombras, proponiendo así una vez más que “El mundo es unas cuantas imprecisiones.”, que “El río [es], el primer río. [y] El hombre, el primer hombre”. Visto el asunto así, un hombre es todos los hombres, Bolívar es San Martín, San Martín es Bolívar, Zimmermann y el narrador también son uno y el otro según el caso, sin olvidar la posible función del lector. De “El jardín de senderos que se bifurcan” recogemos estas sentencias que aclaran, convenientemente quizás, la visión histórica que se halla al fondo de “Guayaquil”, visión histórica que entendemos imaginada como “una obra platónica, hereditaria, transmitida de padre a hijo, en la que cada nuevo individuo agregara un capítulo o corrigiera con piadoso cuidado la página de los mayores”.¹² ¿Acaso la duplicación anunciada por el Higuero, ficticio nevado de la ficticia Costacagua, encaja dentro de ese proceso de agregaciones y duplicaciones: Conrad remite a Avellanos, el narrador y Zimmermann a los dos anteriores, Borges y el lector a todos ellos, y así indefinidamente, y así, igual, proseguimos a un imprevisto futuro o nos remontamos a un igualmente imaginado *in illo tempore*.

III

En el “Afterword”, suerte de epílogo explicativo a *Doctor Brodie's Report*, 1972, la edición inglesa de *El informe de Brodie* (1970), Borges expresó juicios sobre varios de los relatos que integran la colección. Propuso allí que “‘Guayaquil’ can be read in two different ways –as a symbol of the meeting of the famous generals, or, if the reader is in a magical mood, as the transformation of the two historians into the two generals” (“Guayaquil” puede ser leído de dos maneras distintas– como símbolo del encuentro de los célebres generales, o, si el lector se siente propicio a lo mágico, como la transformación de los dos historiadores en los dos generales).¹³ Ese comentario,

12. J. L. Borges, “El jardín de senderos que se bifurcan”, en *Ficciones*, Buenos Aires, Emecé Editores, 1965, cuarta impresión, p. 106.

13. Jorge Luis Borges, *Doctor Brodie's Report*, translated by Norman Thomas di Giovanni in collaboration with the autor, New York, E. P. Dutton, 1972, p. 125. Cuando de la versión inglesa se trata, la referencia es a esta edición.

fechado en Buenos Aires el 29 de diciembre de 1970, ocho meses después de la primera edición en español, no ha sido lo suficientemente meditado.¹⁴

Vale considerar primero la segunda de esas lecturas sugeridas. En “El arte narrativo y la magia”, Borges suscribe ejemplos y comentarios que apoyan, por asociación, la transformación mágica de los dos historiadores en los dos generales. Un caso sería el que resume el historial de las sirenas marinas a lo largo del tiempo. Nos enteramos de que estas “cambian de formas” y que “No menos discutible es su índole”. Inferimos de ello que no obstante los avatares en la nomenclatura de las legendarias sirenas, estas siguen siendo las mismas. Dentro de esa línea, y siempre por analogía, pensar que el narrador de “Guayaquil” y su contrincante, Zimmermann, no puedan ser entrevistados como los dos generales es negar el problema fundamental de la novelística, la “causalidad”, según también lo resume Borges en el referido ensayo: “He distinguido dos procesos causales: el natural, que es el resultado incesante de incontables e infinitas operaciones; el mágico, donde profetizan los pormenores, lúcido y limitado. En la novela, pienso que la única posible honradez está en el segundo. Quede el primero para la simulación psicológica”. Sigue que negar la posibilidad mágica en eso de transformar a dos historiadores en dos generales sería equivalente a eso de caer en algo similar a esta definición del sustantivo *sirena*, definición que Borges desprecia: “Sirena: supuesto animal marino, leemos en un diccionario brutal”; sería igualmente equivalente si se tienen especialmente presentes las incontables metamorfosis que asumen historiadores y generales, “hombres finos” y caudillos, según figuran alusivamente representados en “Guayaquil”. Sería, en suma, prescindir, como lo indica Borges, recurriendo a Sir James Frazer, de

14. Balderston, *¿Fuera de contexto?...*, p. 187, descarta, sin debida explicación, la segunda de las dos lecturas, la lectura mágica, diciendo que “sería una lectura fantástica un tanto desafortunada del cuento”. Olvida las implicaciones de los postulados que constituyen el pensamiento mágico. Así, 1. pasa por alto el principio de causa como generador de efectos de distinto orden y 2. que a las operaciones mágicas las sostienen las leyes de las correspondencias bajo cuyo supuesto la estructura y formas del macrocosmos corresponden a las del microcosmos. Balderston también olvida la referencia a la vasta tradición mágica, cabalística, asociada con el motivo del Golem presente en “Guayaquil”. No hablar de las múltiples formas e índoles que dicha legendaria figura ha ido adquiriendo y en torno a la cual suman al menos estos factores: pueblo usurpado, milagro, guerrero / líder, culto, corrupción, destrucción (No es fortuito que Zimmermann, el significado e implicaciones de su nombre aparte, proceda de la judería de Praga, ciudad identificada con las tantas interpretaciones y representaciones relacionadas con el Golem.)

una “ley general, la de la simpatía, que postula un vínculo inevitable entre cosas distantes, ya porque su figura es igual-magia imitativa, homeopática-ya por el hecho de una cercanía anterior-magia contagiosa”.¹⁵

Corresponde ver en “Guayaquil” las tantas manifestaciones de esa “ley general”. Los diferentes juegos y giros en cuanto a la figura del historiador ya han sido anotados. Quedan por destacar una y otra de las tantas referencias que parecieran duplicar en distintas épocas, formas e índoles el encuentro entre Bolívar y San Martín. Las hay entre soldados y entre poetas. El narrador de “Guayaquil” se aprovecha para ello de los *Mabinogion*, extraordinaria colección de cuentos galeses que constituyen, la crítica lo parangona, la más extraordinaria obra en prosa de la literatura céltica medieval. Abundan en esa colección los combates y las intrigas, las transformaciones mágicas, las correspondencias temáticas, lo fabuloso. El narrador rescata / descubre / inventa¹⁶ dos episodios de ese libro, o quizás introduce imprecisiones, para 1. fijar analogías entre contrincantes y para 2. recalcar la importancia y elocuencia del silencio, de lo imaginado y entrevisto.

En el primer caso “[...] dos reyes juegan al ajedrez en lo alto de un cerro, mientras abajo sus guerreros combaten. Uno de los reyes gana el partido [...]. La batalla de hombres era el reflejo de la batalla del tablero”. El otro episodio “refiere el duelo de dos bardos famosos. Uno, acompañándose con el arpa, canta desde el crepúsculo del día hasta el crepúsculo de la noche. Ya bajo las estrellas o la luna, entrega el arpa al otro. Este la pone a un lado y se pone de pie. El primero confiesa su derrota”. (pp. 125-26)

Le queda al lector fomentar simpatías con el caso Bolívar y San Martín. Igual con las circunstancias que se desarrollan entre el narrador y Zimmermann. Este, haciendo eco a lo propuesto en las leyendas celtas, gana aparentemente la partida, la gana dos veces. Impone su voluntad frente al otro y también triunfa cual el bardo de la fábula que opta por el silencio. El lector tiene acceso, ya se lo dijo, a la historia del narrador, pero no a la del “triunfador” Zimmermann. La consiguiente confusión y permutación de identidades entre vencedores y vencidos que el lector deriva del encuentro de los dos generales y del de los dos historiadores permite pensar en aquel

15. Ver: “El arte narrativo y la magia”, en *Discusión*, Buenos Aires, Emecé Editores, 1966, cuarta impresión, pp. 84, 91, 85, 88.

16. En el “Afterword” de *Doctor Brodie’s Report*, p. 123, leemos que “It is a known fact that the word ‘invention’ originally stood for ‘discovery’” (Sabido es que la palabra “invención” originalmente significaba “descubrir”).

tablero de ajedrez en que las leyes del azar (¿de la vida y la muerte?) igual se imponen, más allá de las leyes del juego como de la historia.¹⁷ De hecho, la lucha de los contrincantes, reales o ficticios, anticipa la de los actuales, resuena, vía la operación mágica que provee verosímelmente la literatura, en la pugna de los dos historiadores.¹⁸ No se olvide que en “El arte narrativo y la magia” leemos que: “Todo episodio, en un cuidadoso relato, es de proyección ulterior”.¹⁹ No menos es el caso en “Guayaquil”, aunque, como todo, está sujeto a contingencias, a arreglos y desarreglos, a yuxtaposiciones con los otros relatos del volumen a que pertenece, a interpretaciones, a nuestra incapacidad de imponer un orden total.

IV

La otra posibilidad de lectura para “Guayaquil” que sugirió Borges en el “Afterwords” de la versión inglesa de *El informe de Brodie* remite a lo simbólico. Algo hemos sugerido ya sobre las interpretaciones históricas. Una de

-
17. Cuando ya casi había terminado de redactar este escrito, me llega el último número de *New Literary History*, Volume 40, Winter 2009, Number 1, enteramente dedicado al tópico del juego, indicando su actual vigencia y relevancia. El tema tiene un vasto historial y está más allá de nuestro alcance y entendimiento. De hecho, el asunto es prominente en Borges. Sirva un ejemplo: la confusión de “Juárez” y “Suárez” que se da en “Guayaquil” permite recordar una vez más el motivo de las imprecisiones y contingencias, y nos recuerda los “juegos de lenguaje” que elabora Ludwig Wittgenstein en su *Philosophical Investigations*, Oxford, 1953.
 18. No me sorprendería que los *Mabinogion* no sean más que un desvío para quizás descarrilar al lector de una referencia más próxima, inspirada igualmente en el mundo medieval y que se remonta al *Libro de la Revelación*. En 1957 salió *Det sjunde inseglet* (*El séptimo sello*), la película de Ingmar Bergman donde con la imagen de soldados cristianos regresando de cruzadas contra musulmanes, y con el contrapunto de la peste, de pecadores, comediantes y penitentes, un caballero juega ajedrez con la muerte. Se da por sentado el triunfo de esta. No sorprende, entonces, que en la referencia de “Guayaquil” el resultado de la guerra en el campo de batalla resulte igual al que se da en el tablero de ajedrez: en ambos triunfa la muerte, sometida esta a su vez a una inescrutable voluntad superior, la Providencia Divina. Así, el resultado de cualquier partida ya está previsto. La inspiración de la película de Bergman procede del *Apocalipsis*, 8. En ese pasaje juega un lugar especial también el silencio, valga recordarlo. Se deduce que la alegoría que propone el narrador de “Guayaquil” como procedente de los *Mabinogion* aparece contaminada por la imaginación de Borges, por posibles experiencias cinéticas o pictóricas, por una más de sus tantas imprecisiones.
 19. J. L. Borges, “El arte narrativo y la magia”, en *Discusión*, p. 90.

ellas consolida la opinión de que la percepción histórica de vencedores y vencidos tiene mucho que ver con la perspectiva (p. ej., el caso Cartago y Roma) y con una voluntad más allá de lo humano. Así, no resulta equivocado dictaminar que el narrador apoya la causa de San Martín; y, tampoco está fuera de lugar suponer que en un ámbito presuntamente adverso a esa propuesta nacionalista, argentina, Zimmermann se identifique con la figura de Bolívar y opte por un posible rescate de la misma. ¿Acaso no es Zimmermann el autor de “una vindicación de la república semítica de Cartago, que la posteridad juzga a través de los historiadores romanos, sus enemigos”? ¿Acaso no es Zimmermann el autor de “una suerte de ensayo que sostiene que el gobierno no debe ser una función visible y patética”. (p. 117)

A nuestro entender, dos inferencias posibles se derivan de los comentarios antedichos del narrador, la una concreta y la otra simbólica: 1. la historia fomenta nacionalismos; 2. la oposición al uso del gobierno como espectáculo. Ambos tópicos corren por “Guayaquil” y están vistos allí con densidad y amplitud. Se infiere que los nacionalismos corrompen y promulgan la deificación de la figura del caudillo en sus tantos avatares. El fenómeno se revela legendario y actual: se remonta a tiempos bíblicos a la par que se manifiesta como una ineludible presencia en la problemática hispanoamericana.

El alegato de Zimmermann sobre la función del gobierno, informa el narrador, le valió a aquel la refutación de su tesis por nadie menos que Martin Heidegger. Nos enteramos que este demostró en presuntas declaraciones apoyadas en titulares de prensa que el moderno jefe de Estado (entiéndase Hitler), “lejos de ser anónimo, es más bien el protagonista, el corega, el David danzante, que mima el drama de su pueblo, asistido de pompa escénica y recurriendo, sin vacilar, a las hipérboles del arte oratorio”. (p. 118) No es del caso entrar en la controversial figura de Heidegger, reconocido filósofo de renombre en la esfera pública, de gran influencia en su disciplina y allende, influencia reconocida, p. ej., en el mentado Ingmar Bergman; y, por otro lado, despreciable acólito y apologista del Führer, del jefe Supremo alemán, del espantoso caudillo antisemita.

En lo que el narrador adscribe a Heidegger sobre el jefe de Estado sí cabe detenerse, específicamente en eso del “corega” y del “David danzante” y el resto de los atributos imputados a un jefe de Estado. Implícito en el significado del “corega” está la figura del que costea el espectáculo, y por contigüidad, en este caso, del que auspicia su propia promoción con la ayuda de

otros actores y oficianes. La alusión al David danzante es más compleja, y rinde mayores posibilidades hermenéuticas.

Del segundo libro de Samuel, 6: 14, 16, 20 extraemos esta narrativa:

Y David danzaba con toda su fuerza delante de Jehová; y estaba vestido David en un efod de lino.

[...] Cuando el arca de Jehová llegó a la ciudad de David, aconteció que Mical, hija de Saúl, miró desde una ventana, y vio al rey David que saltaba y danzaba delante de Jehová; y le menospreció en su corazón.

[...] Volvió luego David para bendecir su casa; y saliendo Mical a recibir a David, dijo: ¡Cuán honrado ha quedado hoy el rey de Israel, descubriéndose hoy delante de las criadas de sus siervos, como se descubre sin decoro un cualquiera!

Lo antedicho ocurre después de la muerte de Saúl, después de las batallas entre David y la casa de aquel y después de que David es proclamado rey y lleva el arca de Dios a Israel.

En el contexto de “Guayaquil”, y teniendo presente el asunto del caudillo, la perspectiva de Mical induce comentarios. Es ella la que ve en el rey David un comportamiento indigno, en tanto en su conducta parecieran confundirse la fe y la política. No es de reyes despojarse de ropajes y llevar el efod. Esa función les correspondía a los profetas y sacerdotes en Israel (1 Samuel, 10:5). ¿Qué noción deriva el lector en cuanto a la euforia y a la veneración de cultos? ¿Es que acaso el espectáculo del David danzante confunde y sustituye para las extasiadas criadas la adoración del hombre por la del culto divino? ¿Se borra así, quizás, el deslinde que existe entre la religión y el Estado? De ser así, el actor deviene fetiche y se apropia del culto, es el culto. Lo convierte en egoísta espectáculo. Lo atiza con la pompa, con la labia, con cualquier mimo que promulgue y seduzca hasta el arrobo el drama que vive el pueblo. Se degrada así a una colectividad bajo el manto de un fanatismo que comporta supersticiones patrióticas y de otra índole. La intención del corega, del danzante, del político, es el control absoluto del poder y de las leyes del juego, algo reservado solo a lo divino, y más allá del alcance humano. El Führer, el Supremo, anhela y manipula el poder como un medio de control y gloria para beneficio propio, olvida que su deber es servir a otros. La alusión al David danzante en “Guayaquil”, vista en un vasto contexto, gracias a Mical, nos engancha alusivamente con la figura del caudillo, mas no solo con Hitler y sus guerras y sus euforias, sino también con

San Martín y Bolívar, con la problemática hispanoamericana, diagnosticada por Sarmiento, novelada por Conrad, y expuesta sutilmente una vez más en el relato de Borges. “Guayaquil” prorrumpe en asociaciones sobre el tema.

V

El planteamiento que hace Borges de la entrevista de Guayaquil invita, por contigüidad, a considerar atributos como la ambición, la política, la voluntad de liderazgo, la cuestión de la identidad y autenticidad americanas, la abnegación, y acaso también la participación de sociedades secretas en la determinación del destino del continente, y no menos la presencia continental del caudillaje y sus prácticas, certeramente precisadas en *Nostramo*. Entre las tantas explicaciones que induce Zimmermann en cuanto al enigma de por qué San Martín “dejó el destino de América en manos de Bolívar” destaca la adscrita a Sarmiento. La que sostuvo este de que la retirada del prócer argentino tuvo que ver con el hecho de que “era un militar europeo, extraviado en un continente que nunca comprendió”. (p. 124)

Aparte de evocar intereses que se reiteran en estudios literarios y culturales actuales sobre el concepto de ideas fuera de lugar, de zonas de contacto y zonas de macidez, de transculturación, de encuentros y desencuentros de culturas, de expatriados y tránsfugas, y otros membretes en circulación, la referencia citada advierte también la idea de autenticidad y no menos la necesidad de conocer el mundo inmediato que configura la realidad americana. Ello le permitió a su vez opinar a Sarmiento que los biógrafos de Bolívar solo han querido ver en este “al general europeo”, pero no han “visto al caudillo americano, al jefe de un levantamiento de las masas; [solo ven] el remedo de la Europa y nada que [...] revele la América”. [...] ¿Cómo es, pues, que su biografía lo asemeja a cualquier general europeo de esclarecidas prendas? Es que las preocupaciones clásicas del escritor desfiguran al héroe, a quien quitan el poncho [sic], para presentarlo desde el primer día con el frac”.²⁰

En ese prólogo a su obra de 1845, Sarmiento prosigue a documentar una serie de atributos del caudillo americano que se presta aquí para vincular

20. Domingo F. Sarmiento, *Facundo. Civilización y barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga*. Ensayo preliminar e índice histórico por Raimundo Lazo, México, Editorial Porrúa, 1980, p. 6. La primera edición es de 1845.

su linaje con el de las arquetípicas figuras del corega y del David danzante ya entrevistas en “Guayaquil”. Si bien el objetivo inmediato de Sarmiento es Argentina, sus juicios son igualmente aplicables al resto de nuestra América: “un caudillo [es] una manifestación de la vida argentina tal como la han hecho la colonización y las peculiaridades del terreno. [...] un caudillo que encabeza un gran movimiento social, no es más que el espejo en que se reflejan, en dimensiones colosales, las creencias, las necesidades, preocupaciones y hábitos de una nación en una época dada de su historia” (p. 6).

Esas ideas sobre el caudillo quizás propongan una posible conjetura en cuanto al aparente triunfo del “partido americano” sobre el “partido europeo” en la entrevista de Guayaquil, y, por contigüidad, en el encuentro entre historiadores que se da en el relato “Guayaquil”. Sarmiento pasa a resumir así la cuestión: “La manera de tratar la historia de Bolívar de los escritores europeos y americanos, conviene más a San Martín y a otros de su clase. San Martín no fue caudillo popular; era realmente un general. Habíase educado en Europa, y llegó a América, donde el gobierno era el revolucionario, y pudo formar a sus anchas el ejército europeo, disciplinarlo, y dar batallas regulares según las reglas de la ciencia. [...] Pero si San Martín hubiese tenido que encabezar *montoneras* [sic], ser vencido aquí, para ir a reunir a un grupo de llaneros por allá, lo habrían colgado a su segunda tentativa”. (pp. 6-7)

Dichos comentarios trasuntan una problemática que ha sido motivo de estudios que de alguna manera han postulado todo un imaginario hispanoamericano que enfrenta el servilismo a Europa frente a la identidad propia (p. ej. Andrés Bello en sus ensayos sobre el estudio de la historia), lo autóctono frente a lo exótico, lo natural frente a lo artificial (“Nuestra América” de Martí resume ese argumento). La lista es extensa, y no menos podrían encajar en ella Darío y Rodó entre tantos que han tocado el tema. Caben en ese horizonte también las figuras de los dos historiadores que Borges pone frente a frente en “Guayaquil”. Zimmermann, el prototipo del hombre natural, figura tosca con orígenes en el *ghetto* de Praga, impone su voluntad frente al hombre fino, de estirpe patricia, que es el narrador. ¿Quién es “el vencedor” y quién “el vencido”?²¹ ¿Hacia dónde se insinúa Borges en “Guayaquil”?

21. La ambigüedad incomoda. ¿“Vence” Bolívar? ¿“Vence” Zimmermann? Zimmermann fue víctima de Hitler y se entiende que esté en contra del nacionalismo, que esté contra la “harto conocida” posición sanmartiniana, argentina, del narrador, según lo con-

La presencia del hombre natural resistiendo un espíritu civilizador pareciera ser lo que mantiene en pie el espíritu revolucionario que viene buscando cauce desde las lides independentistas y que continúan en formación hasta el momento actual en el continente. Esa lucha civilizadora, valga recordar, no ha sido asunto exclusivo del mundo cultural hispanoamericano. El proceso se lo constata igualmente en Europa, conforme se lo puede certificar vía obras como *The Civilizing Process* de Norbert Elias o *From Courtesy to Civility* de Anna Bryson. Es innegable, sin embargo, la perseverante presencia de la antedicha oposición y de las alusiones a la figura del caudillo en la historia de las naciones hispanoparlantes.²² Quizás por eso el punto de partida de Borges en “Guayaquil” sea la interpretación de esa vasta realidad conforme la recogemos en *Nostrromo*. Conrad, por medio del idealista e intelectual Martín Decoud, la expresa así:

There is a curse of futility upon our character: Don Quixote and Sancho Panza, chivalry and materialism, high-sounding sentiments and a supine morality, violent efforts for an idea and a sullen acquiescence in every form

firmamos en “Guayaquil” (p. 122). No obstante, el apoyar Zimmermann la causa de Bolívar, como insinuamos antes, sería identificarse indirectamente con aquellos coregas que, auspicando alguna causa, denigran la figura del Libertador, viendo en él al caudillo / al presunto David danzante y a todo lo que ello comporta en cuanto al culto y veneración del héroe. Pero no se olvide, cabe insistir, que Zimmermann fue “arrojado de su país por el Tercer Reich” precisamente porque sostuvo “que el gobierno no debe ser una función visible y patética” que apoya el engrandecimiento de cabecillas (“Guayaquil”, p. 117). El resultado es que vencedores y vencidos, traidores y héroes se permutan, son el mismo y el otro a la vez, se tergiversan y confunden los papeles. Se acumulan las imprecisiones y paradojas. ¿Quién “vence”? ¿“Vence” San Martín? ¿“Vence” el narrador? No sabemos. Acaso, igual que en la entrevista de Guayaquil, gana el vacío del silencio: las incontables suposiciones que aporta la imaginación para sondearlo.

22. John Lynch, *Caudillos in Spanish America, 1800-1850*, Oxford, Oxford University Press, 1992, documenta esa historia. Rosas, Páez, López de Santana, Carrera, desfilan entre los fichajes más prominentes. La lista es larga. La trayectoria que pareciera seguir el caudillaje histórico se extiende del llanero al ladrón, al bandido, al rebelde primitivo, al guerrillero, a la figura carismática, al cacique, caudillo, líder, dictador, Supremo. Trayectoria que igualmente se puede rastrear en el mundo novelístico que presenta *Nostrromo*. Se entretajan en esta obra la insaciable vanidad del Ciudadano Salvador de la Nación con su deleite en el poder y, no menos, con las consiguientes manifestaciones de piedad y agradecimiento ante ese extraño dios: El Gobierno Supremo, encarnado este en la figura del déspota (pp. 101-102).

of corruption. We convulsed a continent for our independence only to become the passive prey of a democratic parody, the helpless victims of scoundrels and cut-throats, our institutions, a mockery, our laws, a farce. (Hay una maldición de futilidad en nuestro carácter: Don Quixote y Sancho Panza, idealismo y materialismo, altisonantes sentimientos y una moral indolente, fanáticos esfuerzos en apoyo de una idea y un triste consentimiento hacia todo tipo de corrupción. Convulsionamos un continente en aras de nuestra independencia para convertirnos en la pasiva presa de una parodia democrática, en indefensas víctimas de bribones y cuchilleros, nuestras instituciones, objeto de burlas, nuestras leyes, una farsa.) p. 124.

Imposible no ver en ese diagnóstico una alusiva concatenación de lo ocurrido en Guayaquil. ¿Está acaso sugiriendo Borges así, por asociación, que la entrevista de Guayaquil fue una determinante más, clave, por cierto, en el sendero que habría de seguir la suerte del continente? ¿Fue eso positivo? ¿Es “Guayaquil”, en el fondo, una reiteración y una variante de ese “destino sudamericano” que trágicamente se rezuma del celebrado “Poema conjetural” (*El otro, el mismo*, 1964) de Borges? ¿Es acaso *El informe de Brodie* un reflejo de *Nostromo* y, por extensión, una no menos amarga, grotesca y paródica visión de nuestra América, consecuencia, acaso, de una de las tantas descaminadas decisiones históricas que determinaron el vencedor, el vencido y el destino de todo un pueblo después de lo acaecido a fines de julio de 1822 en Guayaquil?

VI

Para formular, a manera de conclusión, posibles respuestas a las hipótesis arriba esbozadas, cabe tener en cuenta al menos tres apartados: 1. ¿qué implicaciones podría tener la sombra de Perón en la publicación de *El informe de Brodie*?; 2. ¿qué decir de las virtuales consecuencias que conlleva el arreglo y yuxtaposición de los relatos (la organización / el montaje) en las respectivas versiones de *El informe de Brodie*, sea en español o en inglés?; 3. en vista del evidente diálogo y simpatías entre la colección de cuentos de Borges y *Nostromo*, la novela de Conrad, ¿cómo difiere un género del otro y cómo se complementan? ¿Cómo una y otra lectura enriquece el horizonte interpretativo del lector? En las viables respuestas a esas consideraciones nos guían, igual que a lo largo de este escrito, estos juicios de Borges: “La imprecisión

es tolerable o verosímil en la literatura, porque a ella propendemos siempre en la realidad. [...] El hecho mismo de percibir, de atender, es de orden selectivo: toda atención, toda fijación de nuestra conciencia, comporta una deliberada omisión de lo no interesante. Vemos y oímos a través de recuerdos, de temores, de previsiones”.²³

Así, si recordamos el historial de la relación de Borges y Perón y si no olvidamos que en más de una ocasión, en p. ej. “El Sur”, aquel dejó literariamente sentada su oposición a la barbarie, al fascismo y al peronismo, no resulta inverosímil suponer, especialmente en vista de la fecha de publicación y composición de la gran mayoría de los relatos, que *El informe de Brodie* (abril, 1970) deviene una suerte de respuesta a *La hora de los pueblos* (agosto, 1968), libro que Perón había publicado en España y en el que el caudillo argentino, desde el exilio, volvía a atizar ideas con ánimo de recuperar el poder.²⁴ Dicho libro, apoyándose en eslogans asociados con la llamada “tercera posición”, se identificaba con la radicalización de los movimientos independentistas del Tercer Mundo (p. ej., la Revolución Cubana, 1959), llamaba a la lucha arma-

23. “La postulación de la realidad”, en *Discusión*, p. 69.

24. Cfr. Ver (1) “El converso´ y ‘El Sur´ de Borges: Memoria, antifascismo, antiperonismo, antibarbarie”, recopilado en mi *De Pigafetta a Borges. Ensayos sobre América Latina*, Barcelona, CECAL, 2008, pp. 149-159. En cuanto a lo referente a fechas (2), gracias a la “Biographical Note” que figura en *Doctor Brodie’s Report*, pp. 127-128, es posible alegar más la cuestión “respuesta”, teniendo presente para ello la relación de la primera publicación de los varios relatos, no todos, que constituyen *El informe de Brodie*: “La intrusa” (abril, 1966), “El encuentro” (octubre 5, 1969), “Historia de Rosendo Juárez” (noviembre 9, 1969), “Juan Muraña” (marzo 29, 1970), “El duelo” (abril, 1970), “El otro duelo” (agosto, 1970), “El evangelio según Marcos” (agosto 2, 1970), “Guayaquil” (agosto 4, 1970). No hay fecha de publicación periódica ni para “El indigno”, ni para “La señora mayor” y tampoco para “El informe de Brodie”. En cuanto a la fecha de composición –y no se confunda con la fecha de publicación–, Norman Thomas di Giovanni en su *The Lessons of the Master*, traducido al español por Marcial Souto como *La lección del maestro* (Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2000, 2002), y de cuya edición nos informamos, ayuda a precisar el historial, indicando esta secuencia: “La intrusa”, “El encuentro”, “Historia de Rosendo Juárez”, “El indigno”, “Juan Muraña”, “El duelo”, “El otro duelo”, “Guayaquil”, “El informe de Brodie”, “El evangelio según Marcos”, pp. 28, 31-32. Sobre “La señora mayor” no suministra datos. Di Giovanni, p. 34, sí nos dice que “A mediados de abril nos pusimos [él y Borges] a releer y ordenar el manuscrito, una semana más tarde lo entregó y a principios de agosto apareció *El informe de Brodie*”. No contamos con los detalles sobre ese proceso de ordenación. Tener a mano el mismo hubiera resultado valiosísimo para entender o clarificar mejor lo que decimos más adelante en cuanto a la organización del cuentario en español y en inglés, especialmente en vista de la autoridad que merece la palabra de Di Giovanni.

da cuando los derechos civiles eran usurpados, y se convirtió, bien o mal entendido, en manual básico de los objetivos de los Montoneros y su epónimo grito de batalla: “venceremos”.

En “Guayaquil” y en todos los relatos que integran *El informe de Brodie*, vistos con la perspectiva anterior, asoman los implícitos temores y recuerdos de lo que podría ser la restitución del David danzante argentino a la jefatura de la nación. Esos cuentos entregan en conjunto una imagen paródica de la realidad rioplatense / hispanoamericana conmovida por encuentros y desencuentros, por cuchillos y desafíos, por duelos y muertes sin verdadero sentido, a no ser las atávicas tendencias a la pura barbarie. La gran mayoría de los personajes de la colección parecieran vivir en el instante, en el momento, sin ningún verdadero alcance histórico que no sea el fomentado por una mitología de bribones, matones y pendencieros haciendo frente a un destino ineludible, más allá de la razón, que los equipara, por muy distante que parezca, a los bestiales y nómadas Yahoos, a esos seres que habitan el cuento que confiere (no sin malicia quizás) el título a la suma del volumen.²⁵ Individuos cuyo nombre natural, *Mlech* (p. 144), pareciera identificarlos con el tótem del mítico Maloch, deidad insaciable que se nutre de bárbaros sacrificios. De una visión de conjunto de *El informe de Brodie* no sería presuntuoso desentrañar un método en cuanto al porqué del lugar que ocupa cada uno de los relatos en la organización; ese cometido sería una manera de quizás llegar a un acuerdo sobre el sentido de mundo que impregna la serie.

Esta lleva al lector desde el ámbito de la “La intrusa” (dos hermanos, una mujer, las marañas de un monstruoso amor, el acoso de la culpa, ecos de Caín, y una brutal solución) al de los grotescos Yahoos. En el transcurso uno hace pausa en “Guayaquil”, donde no encontramos ya ni las reyertas y venganzas entre compadritos ni la presencia de armas, de sagas y de olvidos, evidentes en los cuentos anteriores, sino las históricas disputas entre líderes y caudillos, para luego pasar a “El evangelio según Marcos”, en que fetiches, cultos y ritos se pronuncian en tragedia, hasta ponernos frente a frente, en el

25. En el “Prólogo” de *El informe de Brodie*, Borges dice que el texto que da el nombre al libro “manifiestamente procede del último viaje emprendido por Lemuel Gulliver” (p. 14). La referencia es a las sergas de Gulliver entre Houyhnhnm y Yahoos, sin olvidar el simbolismo que cada uno conlleva. Sin olvidar tampoco que frente al intolerable mundo de los Yahoo al cual pertenece, Gulliver se retira, se convierte en un ente solitario. Algún lector hallará allí paralelos con lo ocurrido en la entrevista de Guayaquil.

último relato, con ese pueblo salvaje que constituyen los Yahoo, pueblo que representa, “en suma, la cultura, como la representamos nosotros, pese a nuestros muchos pecados” (p. 154). Culmina la serie, pues, con “El informe de Brodie”, verdadera parodia del mundo bárbaro que en conjunto se ha venido revelando e intensificando en cada subsiguiente cuento de la colección.

Que la colección intenta producir un efecto paródico y grotesco de la realidad representada resulta claro en vista de la organización que propone la versión en español esbozada arriba. Más eficaz es esa intención, sin embargo, si consideramos la versión en inglés. En *Doctor Brodie's Report* la organización cambia, y no solo debido a la presencia de un “Foreword” y de un “Afterword” que no constan en el tomo en español. Se trata de algo más sutil, de una alteración en el arreglo, digámoslo así, en el orden de presentación de los relatos. Para que quede claro, sigue a continuación una lista de los cuentos según el lugar que ocupan en cada una de las versiones, separadas por ocho meses en su fecha de publicación:

ESPAÑOL	INGLÉS
“La intrusa”	“The Gospel According to Mark”
“El indigno”	“The Unworthy Friend”
“Historia de Rosendo Juárez”	“The Duel”
“El encuentro”	“The End of the Duel”
“Juan Muraña”	“Rosendo's Tale”
“La señora mayor”	“The Intruder”
“El duelo”	“The Meeting”
“El otro duelo”	“Juan Muraña”
“Guayaquil”	“The Elder Lady”
“El evangelio según Marcos”	“Guayaquil”
“El informe de Brodie”	“Doctor Brodie's Report”

Un rápido vistazo establece que si bien nos hallamos ante una colección que reúne “el mismo” material, las variantes entre la una y la otra resultan indiscutibles, pero no solo porque estamos ante dos idiomas que, como nos informa el “Foreword” a los textos en inglés, “are two possible ways of viewing and ordering reality” (representan dos maneras posibles de ver y or-

denar la realidad), p. 7.²⁶ También porque la disposición en que figuran los textos en cada caso engendra lecturas diferentes; la dinámica y experiencia de cada relato es modificada por la yuxtaposición y asociación con los otros. En general, la organización de los libros de cuentos no ha sido lo suficientemente estudiada, y menos, por cierto, en Borges. Tampoco vamos a empezar a hacerlo aquí, salvo para puntualizar que los cambios de forma y de índole, igual que en el caso de las referidas sirenas marinas y de los generales e historiadores, aquí son igualmente notorios y sostienen una vez más el motivo de las imprecisiones.

Cabe preguntar si la alteración en la organización o montaje del cuentario tuvo algo que ver con cuestiones de público y de horizontes de recepción, con los efectos que el orden de lectura propuestos podría inspirar en diferentes marcos culturales. De ser así, dado el argumento sostenido aquí de que *El informe de Brodie / Doctor Brodie's Report* plantea tanto en la parte ("Guayaquil") como en el todo (la suma de relatos), resonancias nada alentadoras sobre la realidad sudamericana, habría que determinar cuán posible es conjeturar, por contigüidad y por muy impreciso que parezca, si la organización y reorganización de la serie afectan al lector, si lo interpelan. Muchas son las fichas que activa Borges en el tablero, uno reconoce así la presencia de las contingencias incluso en el arte, y no es factible estudiarlas aquí más allá de considerar cómo 1. los textos que vienen antes y después de "Guayaquil" afectan su lectura; 2. las implicaciones genéricas del cuento y la novela (profundidad y extensión frente a extensión y profundidad); 3. cómo la reorganización de los once relatos afecta el diálogo con *Nostramo* y con la visión grotesca de la realidad hispanoamericana que se evidencia tanto en la colección como en la novela.²⁷

26. El asunto es complicado. Téngase en cuenta, p. ej., que la versión en inglés del cuento "El informe de Brodie" ("Doctor Brodie's Report") es una traducción de la que presume ser una traducción al español del original inglés. A la suministrada en inglés habría que añadirle la presencia de un traductor, Norman Thomas Di Giovanni, pero sin dejar fuera al autor Borges en calidad de colaborador del traductor. Y claro que la lectura en un idioma o el otro cambia la forma y la índole del mismo cuento. Y para confundir más el asunto no se olvide que el traductor de la versión del informe al español es ahora el autor de la introducción al original manuscrito en inglés. ¡Suficiente! Cualquier lector concienzudo notará los arreglos que sufre el documento en inglés. Un cotejo de la primera página del texto en español (p. 154) con la correspondiente en inglés (p. 111) revela lo complejo del asunto.

27. La cuestión del diálogo entre obras literarias es un tema vasto que sigue siendo discutido y que sigue interesando. Ver: David Fishelov, "Dialogues With / and Great Books:

No es factible estudiar la reorganización de toda la colección que a su vez constituye *El informe de Brodie / Doctor Brodie's Report*; sí resulta claro, sin embargo, que leer “Guayaquil” a continuación de “El otro duelo” / “The End of the Duel” (disputas entre “blancos” y “colorados” y entre dos del mismo bando que se odian entre sí y que terminan degollados por dos verdugos sometidos a la voluntad del jefe del partido enemigo) no es lo mismo que leerlo, según ocurre en la colección en inglés, después de “La señora mayor” / “The Elderly Lady” (parodia de las envidias históricas, Venezuela y Argentina, del uso y abuso por coregas de la patria fomentando sagas y nacionalismos sin consecuencia que activan y “miman el drama del pueblo”).

De igual modo, no es lo mismo leer “Guayaquil” antes de “El evangelio según Marcos” (cuyo objetivo es revelar la ambivalencia que comporta el culto del redentor: adorado, denigrado y crucificado) para continuar luego con “El informe de Brodie” (donde figura “un pueblo bárbaro, quizás el más bárbaro del orbe, pero sería una injusticia olvidar ciertos rasgos que los redimen” p. 134), en vez de proceder de “Guayaquil” a este último relato sin interrupción alguna. Una cosa es empezar la colección leyendo “La intrusa” y otra hacerlo con “El evangelio según Marcos”. El marco conceptual de la versión en inglés pareciera ser uno y el de la versión en español otro. En el texto en inglés la progresión en la presencia de la crudeza y lo bárbaro nos resulta más radical, más obvia. La intensificación de la barbarie, de la parodia y de los varios otros motivos que corren a lo largo de la recopilación culminan en el mundo fuera de norma que es el último relato. Predomina allí lo grotesco. Destaca la ausencia de “hombres finos”, cual el narrador de “Guayaquil” o como San Martín, o como Martin Decoud en la obra de Conrad.

Más cerca del remoto y tosco cosmos que representan los Yahoo están, quizás, metafóricamente hablando, y no me refiero a lo fantástico que se da en el cuento, muchos aspectos de la realidad que encontramos en *Nostramo*. *El informe de Brodie* se centra más en esos aspectos que destacan menos en el mundo que descubre la novela de Conrad. En el cuentario domina lo cotidiano, las historias y leyendas de barrio o del campo, el culto del honor y el coraje, los decires y avatares de olvidadas sagas de familia. Ni siquiera “Guayaquil”

With Some Serious Reflections on *Robinson Crusoe*, en *New Literary History*, 2008, 39, pp. 335-353. Ver también mi artículo “Honorarios (Adaptaciones y refundiciones en De la Cuadra y Aguilera-Malta)”, en *Kípus: revista andina de letras*, No. 25, I semestre 2009, pp. 113-135.

trasciende un marco de acción común y corriente. Borges logra ese objetivo gracias a una serie de cuadros o relatos que vistos en yuxtaposición producen efectos y reacciones que enriquecen el cuadro mural que genera la suma del conjunto. La destreza inventiva de Borges está en colmar sus cuentos, y en particular “Guayaquil”, con alusiones que van más allá de producir un efecto único, característica del cuento, y que más bien se desparraman en significados que acaban transformando al cuento en un horizonte de tal amplitud que se aproxima a lo novelesco. Si se agrega lo que aporta cada relato a la recopilación que constituye, en suma, *El informe de Brodie*, nos hallamos ante un mundo cuantiosamente abundante en experiencias relacionadas con el imaginario social de este continente y de allende.

Que Borges haya usado la magistral obra de Conrad como reflejo y punto de partida en “Guayaquil” confirma lo dicho. Al lector se le exige participar y entrar en la profundidad de las alusiones. Solo así se llega a comprender el horizonte de amplitud del relato, en tanto sugiere un sentido espacial y temporal que va de lo bíblico a lo contemporáneo, y de lo histórico a lo ficticio que rivaliza lo novelesco. Estimo que “Guayaquil”, contrario a lo que a lo mejor opinaría el mismo Borges, es la pieza clave de la colección a la cual pertenece. Y es la presencia de *Nostromo* la que abre el camino a la interpretación de un territorio y de una historia que confiere, gracias a asociaciones, una visión nada halagadora del ámbito sudamericano.

Nostromo es una obra de singular alcance y riqueza. Entrega una vasta y compleja geografía física y humana que descubre las vicisitudes de cincuenta años de mal gobierno en un mítico país nuestro a lo largo de la segunda parte del siglo XIX. Por sus páginas desfilan múltiples espacios: las riquezas y las minas, los idealistas, los hombres finos, los empresarios, los cínicos y diletantes, los tráfugas, el clero, los intereses extranjeros, el imperialismo, los inmigrantes, la marcha a la modernidad, los bandidos y guerrilleros, los caudillos, dictadores y Supremos, la corrupción, las etnias y clases sociales, la barbarie, las interminables revoluciones y revueltas, las divisiones y fragmentaciones, la bestialidad de los líderes, la violencia, la falta de leyes, de orden, de seguridad y de autenticidad, la parodia y lo grotesco, los incorruptibles hombres del pueblo, los Nostromo, sucumbiendo también, a pesar de todo, a intereses subjetivos. No hay animales puros.²⁸ Son esos motivos los que enriquecen y conectan a

28. La bibliografía sobre *Nostromo* es extensa y sigue abultando. Cfr. Un libro reciente con motivo del centenario de la publicación de la novela de Conrad: *Nostromo*:

“Guayaquil” (y a *El informe de Brodie*) con *Nostramo*, cual aquel reflejo del Higueroa en las oscuras y silenciosas aguas del golfo Plácido. Tanto en el conjunto de cuentos como en “Guayaquil”, y no menos en la novela de Conrad, detrás de ese aludido espejismo se entrevén resonancias, sean cercanas o distantes, del imperio de los simbólicos Yahoos. Un universo, por cierto incómodo, bárbaro, pero en el que incluso el culto Dr. Brodie reconoce, valga la imprecisión de una frase ya nombrada, que hay cualidades que lo redimen.

VII

Igual que el narrador de “Guayaquil”, a nosotros, sus lectores, también nos cabe decir *Mon siège est fait*, pero no sin antes señalar entre paréntesis que las apenas vislumbradas y distantes aspiraciones de la Revolución de Quito del 10 de agosto de 1809 y las imprevistas consecuencias de la entrevista de 1822 en Guayaquil parecieran seguir aún vigentes. Y claro que podemos repetir las palabras del Abbé Vertot, pero no sin considerar que los encuentros y desencuentros entre historiadores y generales prosiguen, que lo disputado en *illo tempore* continúa en el siglo XIX, se repite en el XX y sigue en el XXI. Vencedores y vencidos, pueblo y hombres finos, civilización y barbarie siguen su marcha. Las imprecisiones se proliferan en la historia.

En la actualidad, p. ej., San Martín es sustituido en algún ámbito por José Joaquín de Olmedo. Se descarta así el bolivarianismo y se fomenta el “olmedismo”. El prócer Bolívar es marginado y arrumado frente a nuevos intereses de lucha. Pienso aquí en ese signo, no tan obtuso ni enigmático, que es el de haberle cambiado el nombre al aeropuerto de Guayaquil de Simón Bolívar a José Joaquín de Olmedo. De igual manera, quizás, que en los rancios nacionalismos argentinos y en los de otras latitudes, en la esfera pública guayaquileña actual se desacredita la figura de Bolívar a favor de intereses inmediatos. El hombre fino es con cálculo y manipulación denigrado a su vez por los bolivarianistas (¿y alfaristas?); los “pelucones”, en oposición, contrarrestan con la digna figura del vate Olmedo (¿y la de Alfaro?).²⁹ “Gua-

Centenal Essays. Edits. Allan H. Simmons y J. H. Stape (Amsterdam-New York, Rodopi, 2004).

29. “Pelucones” es un mote de actualidad en el Ecuador. El concepto, sin embargo, nos remonta, por analogía, a fines del siglo XIX en Francia donde se denominaba así a

yaquil” sigue vigente. *El informe de Brodie* no desmerece en su entrega de una realidad grotesca. En el fondo, sin embargo, continúa la lucha y la búsqueda de algo que redima a todo un pueblo. Persisten los acólitos y coregas atizando con mimos el drama y las piedades que viven las grandes mayorías. Se proliferan los David danzantes, perdura la sombra del caudillo y del caudillaje. (¿Acaso lo oímos a Borges decir con Laprida, y nosotros con él, que seguimos sin escapar nuestro destino sudamericano?)☼

Fecha de recepción: 02 marzo 2009

Fecha de aceptación: 17 abril 2009

las élites económicas y sociales, a los que llevaban peluca. El general y político manabita Eloy Alfaro (Montecristi, 1842-Quito, 1912), en caso de que algún lector extranjero desconozca su importancia en el Ecuador, es hoy por hoy considerado la figura de mayor consecuencia en la historia de su patria. Alfaro es sinónimo de liberalismo radical y modernidad. El actual imaginario social de la nación parte de él. Su imagen, tosca para algunos, es venerada, casi intocable. Al respecto, no se nos escapa la ironía de que al General lo reclamen en sus filas, con igual ahínco y pasión, uno y otro de los bandos que este momento se disputan la pauta que ha de seguir el país. Tampoco es de pasar por alto que Olmedo (1780-1847) es el autor de *La victoria de Junín. Canto a Bolívar*. (La partida que se juega en el Ecuador con eso de los nombres sigue e intensifica su absurda marcha. Cambian las formas, cambian las etiquetas, pero, como en el caso de las sirenas y de aquel bíblico David, se perpetúa la índole.)